

WARLIKE. ATLAS DE UN MUNDO DIFÍCIL

JORDI FONT AGULLÓ Y MAGDALA PERPINYÀ GOMBAU

[...] I promised to show you a map you say but this is a mural
Then yes let it be there are small distinctions
Where do we see it from is the question

Adrienne Rich, *An Atlas Of The Difficult Word, II* (1990-91)

El conjunto de exposiciones que se agrupan bajo la denominación de *Warlike. Atlas de un mundo difícil* tienen, dentro de su diversidad, un eje en común: la constatación histórica, política y filosóficamente irrefutable que considera que Occidente –nuestro universo socioeconómico y cultural– se ha ido componiendo, en el decurso de los últimos cinco siglos, a partir de la preparación para un posible –y a menudo efectivo– despliegue de acciones de guerra. Este uso de la violencia ha tenido y tiene diferentes intensidades, variadas justificaciones y, también, numerosos perpetradores y víctimas. Es decir, los escenarios de implementación pueden ser múltiples: ya sea entre las diferentes entidades políticas, etnias, naciones o clases sociales que han compartido o comparten el espacio geopolítico que se define como occidental, ya se dirija asimétricamente a otros pueblos o sociedades que se consideraban o que se siguen considerando fuera del ámbito del autoproclamado Primer Mundo. Sin ambages, un complejo político-militar toma la iniciativa como centro hegemónico y coacciona una vastísima periferia con el objetivo de obtener un rendimiento económico y geopolítico.

Aun así, la coacción adopta formas muy complejas. En este sentido, históricamente la zona centro ha intentado legitimar su poder con la elaboración de un discurso cultural y moral que parte de una supuesta superioridad que se haría efectiva en todos los ámbitos de la vida. A raíz de este planteamiento, este núcleo se perfila como la cuna de unos valores y unas actividades que habrían articulado la modernidad, frente a otros pueblos e individuos considerados atrasados y, por lo tanto, susceptibles de ser «civilizados» o que, incluso, rezarían para ser dominados con el fin de progresar¹. Detrás de la obtención y expansión de la modernidad yace, por lo tanto, una densa y larga historia de violencia que tuvo su zenit durante la primera mitad del siglo anterior. Después de las grandes conflagraciones mundiales, las agresiones no desaparecieron; persistieron en otras formas más sutiles y de menor intensidad o enmascaradas tras una retórica humanitaria que incluso ha invalidado el derecho internacional interestatal. De este modo, el desmembramiento posmoderno del último cuarto del siglo XX, que tenía que desembocar con el final (feliz) de la historia, no obtuvo los resultados esperados por los acólitos del ultraliberalismo. De hecho, en septiembre de 2001, los ataques de fundamentalistas islámicos sobre Manhattan dejaron patente que el relato cerrado y unívoco del liberalismo estaba lejos de cuajar mundialmente. Sin embargo, las agresiones en el corazón neurálgico de la metrópolis también abrían nuevas perspectivas para sacar adelante un viejo proyecto quimérico del militarismo norteamericano, que tendría su legitimidad en el supuesto objetivo moral –aunque fuera mediante el lanzamiento masivo de mortíferos misiles de crucero *Tomahawk*– de extender por todo el mundo la paz, el orden y la democracia. En consecuencia, la actividad «civilizadora» ha sido sinónimo de agresión y dominación, y ha supuesto la entrada en una dinámica de guerra permanente sin límites², agravada por las incoherencias y limitaciones de un imperio sin posibilidades de consolidar un nuevo orden mundial³.

Por lo tanto, lejos de confirmarse la plasmación benigna del programa político del siglo americano de los halcones neoimperialistas de Washington, el resultado ha sido la subyugación de amplias regiones del planeta al caos, al terror y al sufrimiento. En cambio, cabe señalar que, a pesar del fiasco político, los réditos económicos para estas élites, predispuestas a privatizar incluso los mismos recursos militares, han sido extraordinarios. Por consiguiente, lo que aparece como una «gran historia» de fracasos políticos y de éxitos económicos para unas minorías, se convierte también en un conjunto de decenas de miles, millones, de «pequeñas historias» personales afectadas por el dolor y el horror. Desde Mesopotamia hasta el desierto del Darfur, desde las selvas africanas hasta las montañas de Afganistán, el miedo, el hambre y la brutalización del combate adquieren forma corpórea por mucho que, difícilmente, a pesar de la omnipresencia de los media y del protagonismo humanitarista de la víctima⁴, llegaremos a alcanzar el daño causado moral y físicamente por la guerra, tecnificada sobre los cuerpos y los espíritus humanos⁵. Eufemismos, argucias y manipulaciones publicitarias suelen desvirtuar una comunicación fehaciente de la desolación a la que se somete el ser humano en los contextos bélicos.

De este modo, si volvemos al fundamento de nuestro argumentario, que sitúa el nacimiento del impulso moderno a finales del siglo XV, resulta relativamente sencillo adivinar que la modernidad y la guerra se han convertido en compañeras inseparables durante siglos. Desde una óptica antropológica y sociopolítica, se podría afirmar que las unidades políticas que acabarán siendo los pilares del Occidente capitalista y colonialista adoptaron un marcado carácter *warlike*⁶. Este término que en lengua inglesa se distingue de su antónimo *warfree* ('libre de guerra, sin guerra') define a unas comunidades humanas que, con objeto de consolidar en beneficio propio los enormes desequilibrios derivados de la desigualdad, de la explotación infligida sobre otros pueblos y de la voluntad de dominio, han articulado su *modus vivendi* orientado hacia la preparación para el enfrentamiento bélico. La guerra, por lo tanto, durante siglos se ha erigido y se erige todavía ahora como pieza fundamental de la cosmovisión sobre la que se afianza el sistema, a pesar de que a menudo se justifica como un mal necesario para combatir los presuntos retrasos y barbaries de otros pueblos, con frecuencia de talante *warfree*.

Como ya hemos mencionado, la actitud *warlike* en el siglo XX alcanzó puntos álgidos: la Primera Guerra Mundial, la Revolución rusa, el ascenso de los fascismos, diversas guerras civiles, la Segunda Guerra Mundial, las guerras de liberación nacional en las antiguas colonias, la Guerra Fría... Esta última era, seguramente, la ordenación *warlike* casi perfecta que se amparaba en un equilibrio aportado por la disuasión mutua entre los bloques confrontados. El derrumbamiento de uno de los bloques, el soviético, no supuso el abandono de los preparativos para la guerra. Al contrario, roto aquel dique, la conflictividad bélica estalló de manera polimorfa cuando se materializó la implosión del socialismo «realmente existente» y la proclamación de una *pax americana* ficticia. La consecuencia ya la hemos señalado: la conversión de buena parte del mundo en un campo de batalla sin límites, en el que las acciones bélicas se presentan como si se trataran de operaciones policiales de carácter internacional. La deriva de todo ello adquiere la configuración de un oxímoron: el caos y el desequilibrio constituyen la columna vertebral del orden reinante⁷. Como es sabido, por ejemplo, conseguir el control de las fuentes de energía finitas, que posibilitan el bienestar occidental, requiere el mantenimiento de un estado de guerra constante. A pesar de estas circunstancias, en muchos estados europeos por primera vez hay varias generaciones que no han conocido directamente la guerra, es decir, la crudeza del combate en persona o los sufrimientos causados a la población civil. Una paradoja, indudablemente perversa, que se mantiene por la sofisticación tecnológica –la activación a distancia de la máquina de guerra– y

por el hecho de que, a menudo, los protagonistas de los enfrentamientos armados son unos terceros (el Otro), pobres y dependientes de las menguadas ganancias que proporciona el propio ejercicio de la violencia sobre otros desvalidos.

La explosión del orden de la modernidad tan vinculado con el colonialismo y el propósito de restaurarlo en su vertiente neoconservadora ha supuesto el aumento de la injusticia, de la desigualdad y, en consecuencia, del resentimiento y del fanatismo entre todos aquellos pueblos más desfavorecidos. Desde la primera guerra del Golfo (1991), como acto inaugural de la nueva era, se ha accedido a un tipo de situación bélica global desreglamentada. La implicación conspiradora en la mesa de intereses económicos y geopolíticos y las progresivas intervenciones en zonas estratégicas han otorgado un carácter *warlike* muy peculiar a las sociedades occidentales. En este sentido, se puede afirmar que la guerra constituida en una cultura es omnipresente: en los *media*, en ficcionalizaciones diversas (cine, videojuegos, literatura, Internet), en las relecturas historiográficas y en las recuperaciones museográficas que se hacen del pasado, en la organización *securitaria* de las relaciones sociales... De este modo, mientras que las ramificaciones culturales de la guerra son proclives incluso a convertirse en un asunto situado al límite del campo turístico o de la aventura simulada, en cambio, la guerra real se vive como una experiencia extraña, alejada de nuestras vidas acomodadas.

Por tanto, en buena medida –y por ello proliferan los discursos sofistas y las palabras ambivalentes en el ejercicio de la violencia bélica (daños colaterales, bombas inteligentes)–, la guerra se convierte en un pilar constituyente, un bastión del ordenamiento socioeconómico y del universo simbólico-cultural dominantes. A veces, esta esencia del sistema se hace visible a partir de la aplicación de una especie de exorcismo bienintencionado de las guerras del pasado reciente, que puede consistir en la rememoración, en el cultivo del luto, en la sacralización de la víctima y en la condena de los totalitarismos. Es, sin duda, un fenómeno muy característico del cambio de siglo, que ha adquirido mucha fuerza y que supone la aparición controvertida de la memoria en la arena pública. En otras ocasiones, la amenaza latente de un ataque bélico o terrorista sirve para influir en la construcción de unas conductas sociales acriticas, obsesionadas con la seguridad y la protección frente a los hipotéticos enemigos de la libertad y de la democracia.

Sin duda alguna, el ánimo combatiente se extiende por todas partes: contra el terrorismo internacional, pero también, con diferente grado de intensidad, contra los fenómenos migratorios, contra las clases desfavorecidas de los barrios marginales, contra todo aquello que se considera diferente y desestabilizador. La disidencia se condena y ridiculiza. En definitiva, la guerra y su lenguaje impregnan muchas esferas de la cotidianidad y, también, a la inversa, los lenguajes ordinarios, literarios o de otros ámbitos, con el uso de articulaciones metafóricas repletas de cinismo desfiguran y suavizan el carácter brutal y criminal de la guerra.

Sin embargo, por más argumentos capciosos que se urdan, hay una situación penosa y frágil de fondo. De hecho, la coyuntura actual se puede calificar como un «mundo difícil», donde muchos aspectos tienen que ser descifrados y denunciados si se pretende crear y encontrar vías de coexistencia como mínimo. Por lo tanto, la configuración de atlas, entendidos no solo como una colección de mapas, sino también como una compilación de críticas, es cada vez más necesaria, aunque sea el «atlas de un mundo difícil». La aproximación crítica a esta marcialidad social –con frecuencia tratada con confidencialidad y, en otras ocasiones, susceptible de ser mitificada en el *prime time* de los medios de comunicación– en el rico mundo occidental en vías de empobrecimiento tiene varias veredas. Una opción factible es el posicionamiento de propuestas artísticas actuales que han adoptado, como forma de expresión

ética, los instrumentos heredados de las vanguardias más comprometidas de la modernidad de entreguerras y que, retomadas y readaptadas, se circunscriben en la teoría y práctica de la posmodernidad crítica: montaje y reciclaje visual, deconstrucción y documentalismo, reapropiación y distancia irónica.

Ante esta situación de desregulación global, posicionarse no es poco. Implica, como señala Georges Didi-Huberman⁸, siguiendo la estela de Bertolt Brecht, desear, exigir algo, situarse en el presente y aspirar a un futuro. La agudeza crítica que caracteriza a cierta producción artística actual –y en la que se inscriben los trabajos de María Ruido, Marta de Gonzalo y Publio Pérez, Cristina Lucas, Immo Klink, Monika Anselment, Raül Roncero y Toni Giró– se suma a la pretensión de iluminar el reino de oscuridad en el que está sumergido todo aquello que tiene que ver con la experiencia bélica. Por lo tanto, con un objetivo desvelador, se presentan unas exposiciones que giran alrededor de diferentes cuestiones dentro del concepto unificador de *warlike*. Concepto que se ha considerado idóneo para emplearlo como uno de los ejes definidores de un tiempo en que la imposición de la paz global⁹, a base de operaciones preventivas, parece que puede volverse más terrorífica que la guerra total.

1 Véase, por ejemplo, Edward SAID, *Culture and Imperialism*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1993; versión castellana, Anagrama, Barcelona, 1996.

2 Véase Daniel Bensaïd, *Éloge de la politique profane*, Éditions Albin Michel, París, 2008.

3 Véase Michael MANN, *Incoherent Empire*, Verso, Nueva York y Londres, 2003; versión castellana, Paidós, Barcelona, 2004.

4 Véase Philippe MESNARD, *La victime écran. La représentation humanitaire en question*, Les Éditions Textuel, París, 2002.

5 Sobre esta cuestión, son imprescindibles los libros: Paul FUSELL, *Wartime*, Oxford University Press, Inc, Nueva York, 1989; versión castellana, Turner, Madrid, 2003 y Joanna BOURKE, *An Intimate History of Killing*, Granta Books, Londres, 1999; versión castellana, Crítica, Barcelona, 2008.

6 Sobre este asunto, véase por ejemplo: Stéphane AUDOIN-ROUZEAU, *Combattre*, Éditions du Seuil, París, 2008.

7 Véase Francisco VEIGA, *El desequilibrio como orden*, Alianza Editorial, Madrid, 2009.

8 Véase Georges DIDI-HUBERMAN, *Cuando las imágenes toman posición*, A. Machado Libros, Madrid, 2008.

9 Aseveración de Gilles Deleuze y Félix Guattari recogida por Daniel Bensaïd en *Éloge de la politique profane*, *op.cit.*